

LA ULTIMA CARTA

Antes de subir al cadalso, le preguntaron al desgraciado si deseaba escribir algún mensaje, alguna carta. Contestó afirmativamente y le trajeron a su celda papel, pluma y tintero. Se sentó en el taburete, apoyó los brazos en la tosca mesa y pluma en ristre, quedó pensativo. Permaneció largo rato mirando fijamente a un punto determinado de una de las mugrientas paredes de la celda. Los guardianes, impacientes, carraspearon... El condenado, absorto, no parecía estar muy inspirado. Mordisqueaba la pluma... De repente, empezó a escribir algo, pero pronto lo dejó. «Lo siento», dijo al alzarse del taburete, a manera de excusa por haberles hecho perder el tiempo. Sin mediar palabra, el grupo compueso por el condenado, los guardianes y el capellán iniciaron la marcha, por el largo corredor, hacia el patíbulo que se alzaba en el patio central. Un carcelero se quedó junto a la celda y no pudo reprimir su curiosidad. Echó un vistazo a las líneas escritas por el reo. «Muy señor mío: En contestación a su atna. del...». Y nada más. Dedujo que el reo no había podido recordar la fecha.

EL CUENTO

La niña se despertó a medía noche y comenzó a llorar, exigiendo a voz en



ESCENAS DE LA VIDA COTIDIANA

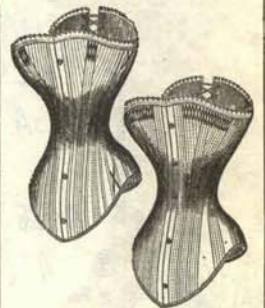
grito «que le contaran un cuento». La madre, rendida por el cansancio de la fatigosa jornada vivida, se resistía y pidió con mal talante a su marido, que interviniera. El marido, mascullando palabrotas, se levantó y se dirigió a la habitación de la niña. Ella quería escuchar, una vez más, el cuento de Caperucita. El padre, rabioso y enfurecido, contó con gran fuerza descriptiva la popular narración. Introdujo algunas variantes (quizá producto de su mal humor), incidiendo con todo género de detalles en la muerte de Caperucita, devorada no por uno, sino por muchos lobos. Crujieron los huesecillos de Caperucita, se quedó sin ojos, sin dientes, sin nariz, la sangre manchaba el césped... Cuando la niña se hubo dormido,

el padre se retiró calladamente. A la mañana siguiente, la madre, observando a la niña, que dormía con el cuerpecito rígido, las manos crispadas y los ojos abiertos, redondos como platos, preguntó al marido: «¿Qué le constaste a la niña?».

RETIRADA

La larga fila de soldados, cruzaba la estepa rusa, totalmente cubierta de nieve. El frío era terrible y el viento azotaba sin piedad los rostros de millares y millares de soldados, que de dos en fondo, se batían en retirada. La fila se perdía en el infinito y caminaba lenta, muy lentamente. De vez en cuando, un desgraciado, caía en redondo, junto a la fila, muerto de fatiga, de hambre, de frío. Nadie se inmutaba, nadie le socorría. La fila seguía inexorablemente su marcha. Un soldado, bajo de estatura, abandonó momentáneamente la fila y se arrodilló para apretarse las cintas de sus botas. Terminada la operación, quiso integrarse en la fila, pero los compañeros se lo impedían. «¡Atrás, te pones en la cola...!», le gritó uno. Tuvo que esperar catorce horas para agregarse a la cola de la larga fila. Ya para entonces se le habían congelado los dos pies.

NEMORINO



Como la cosa esa de apretarse el cinturón parece que va en serio, HERMANO LOBO se complace en sugerir a sus lectores estos modelitos de ropa interior de caballero que además de ayudarlo a usted a cumplir con sus designios históricos y económicos, le van a poner el tipo que para sí lo quisieran muchos habitantes de otros países con más dólares de renta per cápita que nosotros.